

Triunfalismo católico

E.
MIRET
MAGDA
LENA

HAY bastantes personas que necesitan vivir de ilusiones que proyectan sobre la realidad, como si fueran hechos fehacientes. Y en el mundo católico ocurre lo mismo, porque con demasiado optimismo generaliza los hechos de su limitado entorno.

Además —y esto es muy importante— a la hora de valorar los hechos religiosos no podemos quedarnos solamente con los datos cuantitativos, porque pueden estos datos tener significados muy diferentes. La actual sociología de la religión lo ha descubierto y desarrollado con cuidado para no caer en ingenuidades como hacíamos hasta hace muy poco.

Este triunfalismo lo he vivido en los ambientes católicos desde que terminó nuestra guerra civil. Hacia los años 40 surgió una juventud de Acción Católica que parecía que se iba a comer el mundo, y que pretendía una organización de masas con toda su suerte de signos y consignas triunfalistas. En ella se mezclaba lo religioso y lo político, la hispanidad y el estilo peregrinante en forma confusa, pero entusiástica. Poco a poco se vio que los resultados no eran los previstos; y hacia los años 50 comenzó, en los grupos católicos más inquietos, un deseo de renovación y de realismo que hacía finales de esa decena plasmó en una nueva Acción Católica menos masiva en su intención, pero todavía demasiado triunfalista en cuanto a su importancia futura. El final fue que, por falta de realismo y por temor de los obispos a la renovación de esta nueva Acción Católica, casi todo se vino abajo.

Se confió sobre todo en los medios de comunicación social y en la gran propaganda de retiros, ejercicios y asambleas. Pero todo ello resultó mucho menos convincente de lo que se pretendía y se esperaba, y más que oro resultó oropel.

Del mismo modo ocurrió con las comunidades de base en un primer momento. Pareció el camino mágico para el desarrollo de un nuevo cristianismo y la solución de los problemas incluso de tipo social. Pero pronto las crisis surgieron, y se convirtieron estas comunidades de base en algo más modesto y, sin embargo, mucho más eficaz religiosamente.

La realidad es que en el Evangelio ya se habla de que el cristianismo fundamentalmente será el del "pequeño grupo", y este pequeño grupo no puede aspirar a ningún triunfalismo porque, entre otras cosas, se ve claro que la estructura religiosa del porvenir ha de ser una estructura de "diáspora" dentro de un mundo casi totalmente secularizado.

Hace ya años los padres K. Rahner S. J.,

E. Schillebeeckx O. P. y Borgert previeron esta estructuración para un próximo porvenir de la Iglesia, cosa que se va comprobando en el mundo actual, incluso en el español. Nos damos cuenta de que un número creciente de ciudadanos se declaran no-católicos e incluso no-creyentes. Y la práctica religiosa tan aparentemente espectacular de después de nuestra guerra civil es criticada hasta por algunos de nuestros obispos, que piensan que se produjo muchas veces más por una motivación folklórica o de conveniencia social o de presión política que por unos motivos íntimos realmente cristianos.

El Concilio Vaticano II supuso una gran esperanza, y su impacto sobre los españoles inquietos, incluso en la juventud, fue grande. Pero después vino el desánimo y el apartamiento de la Iglesia, al ver que los grandes proyectos renovadores del Concilio se realizaban gota a gota y en cosas inocuas en la mayor parte de las ocasiones. Así, pasamos de una juventud católica conformista a una juventud apartada de nuestro catolicismo y construyendo sus vidas aparte de él. Al menos se puede decir esto en términos generales, aunque haya excepciones evidentes que todos conocemos.

Yo procuro ser lo menos elucubrante posible, y tomar contacto con la amplia realidad que por suerte he conocido desde que escribo en TRIUNFO. Los miles de cartas que he recibido, los centenares de conferencias con coloquio que he pronunciado por casi toda España y las llamadas telefónicas que diariamente se me hacen, junto con las visitas que recibo de lo más variado, me han hecho conocer mejor a ese pueblo silencioso, innominado, que nadie se acerca a él, y que constituye la mayor parte del país. Porque la mayoría del país no son los que van a Misa, sino los que no van. Ni tampoco son los que reciben conscientemente los últimos sacramentos, que son bien pocos. Mi buen amigo Rogelio Duocastella, gran pionero de la sociología religiosa y uno de sus expertos bien conocido, hizo en el año pasado un gran trabajo sobre "El cambio religioso en España", junto con otra serie de expertos en el tema. Y entre estos trabajos descuella el "Mapa religioso de España", sacado cuidadosamente de los datos sociológicos y de las encuestas realizadas hasta entonces. Y en Madrid se aprecia que solamente el 17,5 por ciento de los que tienen obligación de ir a Misa acuden a ella. Datos que seguramente en la realidad serán hoy menores, pero que son un buen punto de partida. Ya que a estos datos numéricos hay que rebajar un buen porcentaje de los que van a Misa por costumbre, por rutina, por presión exterior, por

educación y ambiente, o por otros motivos que no son directamente los religiosos personales. Podría pensarse, a partir de algunas encuestas realizadas, que solamente la mitad de este porcentaje tienen en sus vidas —y no sólo en la Misa— unas motivaciones cristianas, lo cual haría que en España católicos que viven sus motivaciones solamente serían un 9 por 100 de los que están en edad de vivir y practicar el catolicismo. Cifra nada triunfalista para el catolicismo hispano.

Cuando además veo la crisis de identidad del clero español, y la crisis personal de muchos de ellos, pienso que no hay que tener ningún triunfalismo católico respecto a nuestra Iglesia, y que la renovación que se ha realizado sólo en algunos aspectos, ni es suficiente, ni bastante radical, ni bastante extensa. Y dudo que se pueda hablar en el futuro de un catolicismo más o menos masivo en nuestras tierras. Eso no quiere decir que no haya minorías católicas conscientes, que en algunas parroquias se orienten las cosas bastante bien, y que algunos jóvenes sean todavía católicos. Pero generalizar excesivamente esta realidad lleva a algo muy poco evangélico y demasiado pagano en religión.

Al pensar en todo ello me acuerdo de la gran figura, que este año se conmemora su 750 aniversario: San Francisco de Asís. Este gran loco del cristianismo era mucho más sobrio de lo que nos dijeron algunos de sus entusiastas seguidores (ahí están su Regla y su Testamento). Y cuando los historiadores católicos han considerado el siglo XIII como la cumbre gloriosa de la Iglesia medieval y la gloria del Papado, los primeros biógrafos de San Francisco hacían ver que aquella época era una época sin caridad y sin fe, y que toda la gran organización de la Iglesia de aquellos tiempos no era lo que aparentaba, como tampoco son tan optimistas ni tan generales algunos datos que todavía se esgrimen a propósito de la Iglesia de hoy.

Yo creo que nuestra Iglesia oficial y nuestros católicos deben ser entusiastas del Evangelio, pero modestos al calibrar la realidad religiosa del país, sin creerse que ellos van a ser más triunfadores que lo fue el fundador del cristianismo en su época. Y eso me parece realismo y no pesimismo ni tampoco elucubración teórica. Del mismo modo que a esto conduce la lectura del Evangelio con el mismo realismo, porque en él se aprecia siempre el mismo fenómeno que aquí he analizado respecto a nuestra situación española actual. ■